

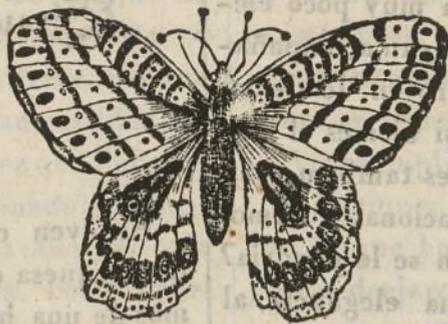
Sale los días 10, 20 y 30.

Da mensualmente un figurin, y de tiempo en tiempo un patron de tamaño natural.

Precio al mes.

Madrid.....	4.	} Franco
Las provincias....	6.	
Si la suscripcion se hace en Madrid.	5.	

Dos rs. menos sin figurin ni patron.



SE SUSCRIBE

EN MADRID

En la librería estrangera, calle de la Montera, y en las provincias en las comisiones de la Agencia literaria.

Las cartas y reclamaciones francas de porte.



BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

LA MARIPOSA,

PERIODICO DE LITERATURA Y MODAS.

MODAS.

Hablaremos hoy de las modas de caballero.--El pantalon plegado ha vuelto á tomar decididamente su antigua boga este verano. Estos pantalones no tienen los pliegues con igualdad, pues solamente hácia el medio debe ir todo el frunce. No son muy anchos, y han de disminuir hasta ajustarse perfectamente á la bota. En general se llevan de telas muy claras. Para traje de sociedad, se remplace el pantalon plegado con el de cotí blanco sin pliegues, menos ancho todavía, y sin bolsillos á los lados. Los pantalones de piel de raton, igualmente sin pliegues y de colores muy claros, son, á nuestro entender, mas elegantes, y de mas distincion aun.

Los frakes pequeños son muy de moda al presente. Llevan una ó dos hileras de botones de metal cincelado, el cuello bajo y muy angosto por detrás,

Tomo I.

que vaya ensanchando hácia el pecho, lo mismo que las solapas. Han de ser escotados de modo que dibujen bien la cadera; el faldon cortado cuadradamente baja luego ensanchándose, y debe estar forrado de seda negra, ya lisa, ya bordada de florecillas. Nada de bolsillos sobre los faldones.

Para montar á caballo los frakes tienen dos órdenes de botones, cerrados y abotonados de arriba á abajo. Siendo de color verde ó bronceado son de muy buen gusto.

Las levitas van siendo cada vez mas estrechas. Las mangas muy ajustadas, y el puño cerrado con cuatro botoncitos de seda, dejando salir el de la camisa. El cuello escesivamente angosto, y las solapas unidas á él formando una V mucho mas anchas sobre el estomago. Una sola hilera de botones, y que no pasen estos de tres ó cuatro todo lo mas. La falda muy corta, y toda la levita guarnecida de una presilla pequeña de seda.

Los gabanes de verano, por lo mismo que tienen una fisonomía muy poco elegante, es necesario que vayan acompañados de un excesivo esmero en lo demás del traje. No obstante, si bien es el vestido más feo de todos, es también, hay que confesarlo, el más racional y cómodo. No siendo así, ¿quién se le pondría? Se da sin embargo alguna elegancia al aban de estío adornándole de alamares.

Los chalecos varían á lo infinito. El raso, los casimires de verano, y sobre todo los piqué, son las telas que han adoptado los elegantes. Los colores en general muy claros, y dibujos pequeños. La forma de chal; algunos hay, para *negligé* de mañana, que se cierran hasta arriba, y entonces solo se echa el último botón de arriba, y dos ó tres de abajo; por la abertura que deja el espacio entre estos botones se debe dejar pasar la chorrera de la camisa.

Los sombreros color gris de pelo largo no son ya de moda este año: los *fashionables* han adoptado los de pelo corto, tan corto que apenas se perciba.

Las camisas son un gran objeto de lujo para los elegantes, durante la estación. Este gusto exquisito es en efecto, y será siempre el distintivo de un caballero bien puesto. Las camisas de media Holanda con pliegues medianos cosidos á bespunte y separados como bandas son las de más tono, y han sido adoptadas por la *fashion*. Las chorreras muy grandes; para trage de sociedad es preciso guarnecerlas de una puntilla de encaje. Botones ningunos ó muy pequeños. Tres esmeraldas pequeñas engarzadas en unos arillos de oro sumamente diminutos, son tres botones elegantes, y de muy buen gusto.

Traición, Venganza.

I.

El joven conde de S.... y su madre la marquesa de S.... platicaban hacia ya más de una hora, discutiendo entre otras cosas en que emplearían el tiempo durante el día, que se presentaba tan hermoso; porque en efecto desde las ventanas de la quinta de S... ofrecía el campo un magnífico punto de vista en una de aquellas mañanas frescas y deliciosas de primavera, de cielo despejado y fragante atmósfera, que solo se ven en Francia en las provincias del medio día. Un criado entró á anunciar á dos caballeros que acababan de llegar, y solicitaban hablar á la señora marquesa de S...

—Sus nombres? preguntó.

—Señora, desean no manifestarlos sino á vos misma.

Miró la vieja marquesa á su hijo con aire inquieto é indeciso, mas recobrando su fisonomía casi al instante su carácter frío é impasible: «que se les haga entrar, dijo, en la sala grande de recibo.»

Esta vasta sala, de un aspecto sombrío pero rico, gracioso mas imponente á la vez, estaba aun adornada como en los mejores días de la edad media. A no ser por la chimenea, cuya construcción moderna ofrecía un contraste bien singular con todo aquel mueblaje feudal, difícil hubiese sido imaginar que tocaba á su fin entonces el siglo diez y ocho, y que el rey reinante se llamaba Luis XVI. Por lo demás, todo el edificio había guardado aun ese sello de los siglos pasados, y, escepto sus habitantes, era todavía lo que fue al tiempo de su fundación.

La marquesa de S.... y su hijo pasa-

ron á la sala de recibo; acababan de sentarse cuando se abrió la puerta, y se presentaron los dos caballeros de que hemos hablado. Ambos iban vestidos con sencillez, pero una sencillez que indica el gusto más esquisito y refinado. El más joven parecía tener treinta años, el otro al rededor de los cuarenta. Tomó aquel el primero la palabra: «señora, dijo, debe haberos parecido extraño el modo que hemos tenido de presentarnos, pero creo no engañarme en que aprobareis este paso. El señor, dijo señalando á su compañero, es el marques de Thezan, mi mejor amigo. Yo, soy el conde Carlos de R....»

Aquí se paró un momento; la marquesa y su hijo se echaron recíprocamente una mirada. El conde de R.... continuó casi al instante:

«Vengo á pedirlos, señora, designeis el día que más os plazca para el casamiento de la señorita Luisa de R... con el caballero conde, vuestro hijo Enrique de S....»

La marquesa de S... quedó como petrificada en su asiento: después como volviendo de un largo sueño: «Caballero, dijo, con una expresión casi irónica, venis á pedirme seriamente mi consentimiento al matrimonio de mi hijo con vuestra hermana la señorita de R?... No puedo concebir...

Señora, interrumpió vivamente el joven Carlos de R.... lo que yo no puedo concebir es, que se pregunte á un caballero si viene á pedir seriamente á otro caballero repare el ultraje hecho á su blason. Por que sería una puerilidad, señora, pedirnos esplicaciones sobre cosa que todos sabemos.

—Caballero, continuó friamente la marquesa de S.... lo tomáis por un estilo bien... extraño. Así no os admire que ha-

ga yo lo mismo: este casamiento, os digo, es imposible: y no se efectuará!»

—A estas palabras, el hijo de la marquesa se levantó con viveza: «madre, dijo, yo os suplico tengais la bondad..»

—Enrique, callaos: yo os lo mando. Por lo que hace á vos, caballero, os repito y declaro formalmente que este casamiento no se efectuará jamás.

—Pues bien, señora, prosiguió con una voz lenta, pero que tenía algo de terrible, tal era la manera con que articuló cada palabra, yo os repito y declaro que se efectuará. Escuchadme, os suplico. Es inútil que yo trate de hacer la narración de cosas, que acaso nadie sabe mejor que vos: pero lo que si os diré, porque no podeis saberlo, es, cuan buena es mi pobre hermana, mi querida Lucia, cuan pura y tierna es su alma juvenil. Ah! si la hubieseis visto hace algunas semanas todavía, á la honesta joven, con la sonrisa celeste de la inocencia en los labios, con el mirar tan bueno y apacible, no habriais podido menos de amarla: pobre Lucia!...—Y dos gruesas lágrimas se escaparon de los ojos del joven conde.—Vuestro hijo, desde el momento que la vió, amo á mi hermana. Declaróle su amor, le habló de proyectos de enlace: Lucia confesó que amaba también, y, habiéndome hecho á mi la misma confesion, no pude menos de aprobar sus sentimientos: la pobre niña, de alma tan candorosa, creia ser culpable porque abrigaba en su corazón un sentimiento que le hacia preferir un hombre á todos los demás! Su amor por vuestro hijo aumentaba de día en día, tanto más cuanto solo faltaban algunas semanas que esperar para la época fijada por él.—La ternura que experimentaba mi hermana por vuestro hijo sirvió únicamente para perderla, por que abusó de la inocencia de

la jóven.... Aquí me callo, pues advierto que esta narracion es para todos nosotros igualmente penosa.... por razones bien distintas, es verdad! no es cierto, señora?

El jóven conde de S.... lloraba abundantamente. Carlos continuó alzando la voz. «Nuestra familia está lejos de ser tan rica como la vuestra, señora, pero no es menos noble, y nuestra jeneaología no desdiciria de la vuestra; el enlace es realizable. Vuestro hijo ha abusado de la confianza de mi hermaua, ha manchado su reputacion, la ha deshonrado: se hace indispensable el casamiento, y se efectuará! Hay en nuestra lengua una palabra... la mas hermosa de todas, palabra que debe ser la primera que ha de saber pronunciar un caballero... Honor!! Pues bien, por el honor, y en presencia del marqués de Thezan, os juro que se realizará este casamiento. Acercaos á la ventana, señora, dirigid la vista hácia el lado de la gran puerta de vuestra quinta amurallada, mirad en la orilla del foso, al otro lado del puente levadizo, aquellos diez jóvenes á caballo; son diez gentiles caballeros, son mis diez hermanos. Vuestro hijo se casará con mi hermana, ó de no, como el mayor de los diez, se batirá conmigo; si soy vencido, el que me sigue recogerá mi espada, y si á su vez muere también, el tercero le remplazará. Todos once estamos á matar; si el conde de S... tuviere la suerte de quedar aun victorioso, tendrá que habersélas en seguida con catorce primos hermanos. Señora, me dareis permiso de retirarnos; mañana temprano vendré á saber vuestras ordenes.»

El conde Carlos de R..., seguido del marqués de Thezan, montó á caballo, y fué á reunirse con sus hermanos.

A la mañana siguiente volvía solo á la quinta de S... el marqués de Thezan.

II.

Fué tan habil la conducta del marqués de Thezan, tan delicada, tan firme, que sin que se vertiese una gota de sangre, y sin que nadie hiciera concesion alguna contraria á su honor, un mes despues de la entrevista que acabamos de contar se celebraba con gran pompa en la quinta de S... el casamiento del conde Enrique de S... con la señorita Lucia de R...

III.

«Hija mia, dijo un día la marquesa de S... á Lucia, debe pareceros muy triste esta residencia al cabo de seis meses que hace habitais con nosotros; pero acabo de recibir una agradable noticia, que me ha traído el correo de esta mañana: mi hijo segundo Alfredo, teniente coronel del regimiento de V..., viene á pasar algunos dias con nosotros; es una buena fortuna para nuestra granja. Os agradará, estoy segura: su buen humor, su atractivo, su talento, os hechizarán; ademas, querida mia, es muy lindo mozo, y uno de los mas galantes caballeros de Versalles, y pasa, con razon, por uno de los mas graciosos y cumplidos oficiales del ejército.»

Por pomposo que fuese el elogio que hacia de su hijo la marquesa de S..., no era sin embargo exagerado, y á la misma Lucia, á pesar de su prevencion desfavorable hácia el jóven oficial, no pudo menos de parecerle arrogante su figura bajo el uniforme de teniente coronel. Poseia cierta vivacidad, cierta finura de ingenio, sorprendentes en ver-

dad: por lo que hace á sus modales, á su actitud y presencia, era el tipo de aquellos jóvenes coroneles de Versalles, cuyo lujo y elegancia se citaban entonces por toda Europa.

A Lucia tuvo al fin que parecerle tanto mas amable, cuanto no pasó mucho tiempo sin que dejase de percibir era ella para su cuñado un objeto de predileccion muy particular; pero bien pronto fueron estos indicios de galanteo tan positivos, que alarmaron á la joven condesa de tal modo, que estuvo casi por decirlo á su marido; pero no se determinó, temiendo fuese ella causa de alguna desazon, ó quizá peor, en la familia de su esposo. Mas, como llegasen á ser ya cada vez mas ejecutivas las instancias de Alfredo, Lucia empezó á concebir muy serias inquietudes. Una tarde, que absorvida en sus tristes reflexiones, y entregada á los mas sombríos presentimientos subia la escalera de caracol, que conducia á la parte del castillo que ella ocupaba, llegó á sus oidos un ruido extraño, y cayó una carta á sus pies. Tenia el sobre al vizconde Alfredo de S..., teniente coronel del regimiento de V... La letra era de la marquesa. He aqui su contenido:

«Querido hijo; nuestra deshonra se ha consumado; vuestro hermano ha cedido al número; además ama á esta criatura. Agradais á tantas mugeres, que sería una desgracia no consiguierais lo mismo respecto á ella: emplead todos los medios de seducción para perderla, y despues se anulará el matrimonio. De todos modos, nos desembarazaremos de ella por medio de su deshonra y un convento. Elegad presto; deseo ya por momentos verme libre de esta personita, que ocupa un lugar indigno

de ella. Ya teneis la licencia, aprovechadla.»

De que Lucia hubo leído y releído esta carta mas de una vez, y se persuadió bien que hacia mucho tiempo estaba urdida de antemano contra ella tan infernal maquinacion, de que halló esplicada por consiguiente la asiduidad tan apasionada de su cuñado, se estremeció y no supo qué partido tomar.

Al dia siguiente el conde de S... anunció á su muger que iba á dejarla por algunos dias. Su apoderado le escribia se pudiese inmediatamente en camino para Aix, pues reclamaba su presencia un negocio muy importante, concerniente á una gran parte de sus bienes, sobre los que le habian puesto pleito ante la audiencia de la provincia. Lucia le suplicó, le rogó con instancia la llevase consigo, mas sin decirle no obstante por qué. Pero como ella profesaba una excesiva ternura hácia su marido, quien por su lado la amaba sinceramente, el temor de un escándalo la decidió á renunciar el acompañarle.

Durante todo el dia de la partida de Enrique quedó Lucia sumida en una espantosa tristeza, de la que nada podia distraerla. «Pero, que pueden causarme las persecuciones de este hombre á quien aborrezco!» se decia; mas despues, sin adivinar el motivo, volvía á caer casi al instante en su melancolía.

Por la noche, como de costumbre, habo reunion en la gran sala. El tomar té era entonces una moda reciente, que habia hecho adoptar la proximidad á Marsella, donde residian muchos ingleses. Asi, propuso Alfredo que se tomara; Luisa observó que no le gustaba esta bebida. «Bah! le dijo el coronel, que aquella noche estaba aun mas galante que de ordinario; tomad otra taza, ve-

reis como os acostumbrais á beberlo. Esta segunda taza no le pareció mejor que la primera... Algunos minutos despues sintió Lucia que le iba pesando la cabeza, que se turbaba su vista, se confundian sus ideas; cayó desvanecida. Nadie pudo explicar la causa de este efecto tan estraño del té. Tuvieron que conducirla á su cama: la marquesa fué la única que no se asustó. «No es nada, dijo; que la dejen tranquila en su cuarto.»

IV.

A otro dia por la mañana, cuando Lucia se despertó le pareció no ser ella la misma. Dudó un momento si estaria aun dormida. Permaneció así algunos momentos inmóvil sobre su cama; despues brillaron sus ojos con un resplandor que tenia algo de sobrenatural, su mirada se fijó con cierta especie de horror, su respiracion salia silvando de sus labios vueltos azules, y contraidos, sus mejillas estaban encendidas como el fuego, su pecho hinchado, sus dedos se torcian entre sí como serpientes. Precipitóse entonces hácia el medio de su cuarto arrojando un grito semejante al rujido de una leona furiosa. Llamó á un criado. «Pedro, le dijo, cuento con vos. Id á ensillar un caballo, y cuando esté dispuesto os daré una carta que llevaréis á galope sin descansar.»

Cuando Pedro volvió, concluia de escribir Lucia este billete dirigido á su hermano Carlos:

•Traed vuestras armas en buen estado, tendreis necesidad de ellas. Segunda vez han robado el honor de vuestra hermana!•

(Se concluirá.)

FRIBURGO.

Friburgo es por excelencia la ciudad católica de la Suiza, como Ginebra es desde Calvino la capital de la reforma. Ambas presentan al primer golpe de vista un contraste maravilloso. Toda la animacion, los soberbios carruages, los perfumados bazares, los cafés, el lujo moderno y el bullicio de la ciudad protestante, son silencio, tranquilidad, reposo, y restos imponentes y severos por su remota antigüedad en Friburgo. En sus monumentos está impreso el caracter tradicional que manifiesta que lo presente es allí hijo de lo pasado. Tal es la propiedad de los paises católicos, son conservadores en tanto que los *reformados* trabajan sin descanso en innovar.

Lo que mas cautiva en esta poblacion ademas de sus habitantes es su aspecto, el apiñado conjunto de sus calles tortuosas, el laberinto de sus elevadas escaleras, el silencio que deja percibir en todo su lleno el magestuoso sonido de las campanas y el murmullo de sus escuelas; sus casas de piedra gris cuyas puertas chapeadas de cobre, y sus ventanas sitiadas de macetas verdes embalsamadas, parecen querer cerrarse al bullicio de la vida. Cada barrio tiene sus encantos particulares, y sus paisajes varian hasta lo infinito. Ahora contemplais el rio *Sarnie* con sus escarpadas orillas verdosas; despues una bella montaña que formando una vistosa colina rodea una llanura deliciosa, y á cuyo fin se eleva un bosque espeso y erizado, y mas allá encontráis la puntiaguda saeta de un campanario besando vuestros pies. Un capuchino sale triste y pensativo de una casa que toda respira humildad, un sa-

cerdote explica el evangelio á unos cuantos aldeanos, un jesuita lleva á pasear algunos estudiantes y nos saluda afectuosamente al pasar á nuestro lado. Una señora sale de la iglesia con su devocionario abierto todavia. No encontrareis un muchacho que no vaya disputando con su compañero de historia, de gramática ó de teología. Ni se ven suntuosas carrozas ni harapos, ni magestuosos edificios ni casas miserables. No hay pais en que hagan menos atencion el trabajo, la riqueza y la miseria.

El aroma religioso y nacional impreso por el sacerdocio en Friburgo es profundo, indestructible. A cada paso se encuentra una capilla, una imagen de la virgen, una cruz: cada iglesia con sus pinturas y esculturas, que los siglos han embellecido mas y mas, cuenta una historia viva de Dios, de sus misterios, de los santos. En fin no hay monumento alguno donde no se haya colocado la imagen de un santo ó la estatua de un héroe del pais, que valen tanto como las pirámides, las ninfas y los caprichos con que hace cerca de trescientos años la está abrumando la reforma.

Friburgo fué edificada algunos años antes que Berna por Berohtold IV duque de Zeringen. Dos hechos importantes dominan su historia. En 1481 el santo hermitaño Nicolas de Flue consiguió su admision en la confederacion suiza, librándola de este modo de la dominacion austriaca. Cien años despues en 1581 el bienaventurado Canisio se estableció en ella, y la preservó de la heresia, al mismo tiempo que echó los primeros cimientos á su futura riqueza y prosperidad fundando el célebre colegio de jesuitas que todavia existe.

REVISTA LITERARIA.

En la coleccion del teatro moderno español que publica el señor Boix, hemos visto impreso con el título de *una noche de máscaras* un drama nuevo, en dos actos, y escrito en variedad de metros, obra original de don Juan Francisco Diaz.

Celebramos tener una ocasion en que felicitar á su autor por el desempeño de su primera produccion dramática. Acaso no estamos conformes con que haya elegido un argumento de nuestra sociedad moderna, tanto por el estado escepcional en que nos encontramos hoy en dia, cuanto por que todos estos asuntos, que créemos son altamente morales, exigen un gran fondo de filosofia, si se les ha de dar la tendencia influyente que necesitan las obras contemporáneas; sin embargo, á falta de esto el autor desenvuelve un plan sencillo con bastante naturalidad y acierto. El fondo de la accion es interesante; los episodios, aunque sentimos que tan pocos haya, se enlazan con oportunidad y sin violencia: los caracteres están sostenidos, y vemos con gusto esa prenda tan recomendable para la escena, que es la nobleza en los personajes, y el decoro propio de una sociedad de buen tono. El acto primero nos parece bastante dramático, el segundo lírico; y en los dos hallamos rasgos de versificación sonora y abundante: el lenguaje es castizo. En fin, el drama del señor de Diaz no es una obra de primer orden, pero si una produccion que no carece de bellezas, y que puede servir de base para plantear los cimientos de una reputacion naciente.

No concluiremos este artículo sin indicar al señor de Boix el beneficio, que resultaria á su coleccion si desapa-

reciesen del frente de las obras, que publica, viñetas tan desgraciadas como la última del drama que hablamos. No bastan las pinceladas mas brillantes, los versos mas armoniosos, para represeñar con bellos colores á la imaginacion el caracter de un hombre ó de una muger, que tan malbadadamente y con tan negros rasgos nos la hayan figurado en la lámina, siendo como la que hemos visto. A no dudarlo, destruyen gran parte de la ilusion; y no es la ilusion lo que menos contribuye al buen resultado en todas las cosas.

ALBUM.

TEATROS. En la noche del 4 del actual se ejecutó en el de la Cruz la primera representacion de *Lucrecia Borgia*, ópera seria en cinco actos, de Donizzetti. Antes de decir nada acerca de su mérito, se nos permitirá hacer la narracion de una anécdota que se cuenta de este célebre maestro. Donizzetti está dotado de una facilidad sorprendente para la composicion, tal que ha llegado á ser proverbial en Italia. Una noche, reconocido en Monterosí por cuatro bandidos, le detuvieron, y con la escopeta al pecho le forzaron á componer una ópera en su cueva, y escribirla toda entera antes de salir el sol, Donizzetti se conformó

con los deseos de los ladrones, y al rayar el dia estaba ya concluida la obra, la *Rosemunda*, que se ejecutó algun tiempo despues en Florencia. Esta ópera que vino al mundo sin el consentimiento de su autor, y casi á despecho de su voluntad, es en efecto una de las obras mas medianas de este acreditado compositor.—No diremos que *Lucrecia* sea una obra mediana, pues que abunda por el contrario en bellezas nada comunes, pero adolece si del vicio inherente á las composiciones todas de su autor, la desigualdad: y no puede ser otra cosa atendido su inmenso numero; esta es tambien la causa de las notables reminiscencias que se encuentran á cada paso en Donizzetti, y que se echan bien de ver en *Lucrecia*, seguramente sin conocimiento de su mismo autor. Hemos dicho que en esta partitura hay desigualdad: en efecto, sino puede decirse que hay trozos malos, los hay tan melodiosos, tan sorprendentes por su novedad y tono, que los no tan buenos que les siguen apenas llaman la atencion. Si Donizzetti no tuviera tanta prisa siempre por dar sus producciones al público, seria acaso el primer compositor lírico de nuestros dias.

La ejecucion ha sido buena: los coros han estado bien: pero advertimos, y no fuimos los primeros, que los señores Salas y Calvet habian trocado sus papeles. La señora Campos fue muy aplaudida en la cavaleta final del acto tercero y llamada á la escena por el público, quien la saludó con nuevos y repetidos aplausos.

ADVERTENCIA.

Accediendo á las repetidas instancias de varias personas, se abre suscripcion por separado á LA MARIPOSA sin figurines ni patron al infimo precio de dos reales al mes para Madrid, y cuatro las Provincias: tres verificándola en Madrid. Esta suscripcion podrá hacerse desde primero de abril; mas siendo con figurines y patron solo se admite ya desde primero de julio.

En nuestro primer número ofrecimos á los suscritores á este periódico, que lo fueran igualmente de nuestra coleccion de novelas, el recibo, gratis todo un año, de ambas publicaciones al que obtuviere el número premiado en el sorteo, que verificamos cada tres meses.

Cumplido el primer trimestre, ha tocado la suerte á D. Salustiano de Olózaga, suscriptor de Madrid, que vive calle del Florín, núm. 2, cuarto segundo.

Lo que anunciamos al público en cumplimiento de nuestra promesa.

Madrid: Imprenta de D. F. de Paula Mellado.